

HOMENAJE

ELISA GARCÍA BARRAGÁN

El cuatro de octubre de 1986 falleció en Sevilla don Diego Angulo Íñiguez, caballero íntegro y célebre historiador del arte universal. En el número anterior de éstos *Anales* se dio noticia de esa pérdida. Ahora, y con motivo de tan sentido acontecimiento, el Colegio de Investigadores del Instituto de Investigaciones Estéticas acordó que se le dedicara el presente número como un homenaje a quien tan ligado estuviera a la creación de este Instituto.

Este tipo de ofrecimiento no es una novedad, otros números de la revista han recogido las impresiones y trabajos sobre los investigadores notables ya desaparecidos. En estos escritos, vidas y obras han sido ponderadas mediante la glosa de sus publicaciones o el acercamiento a los temas tratados por aquellos que dedicaron su afanes a dar lustre a esta dependencia de la Universidad Nacional Autónoma de México.

En la ofrenda a don Diego Angulo, no se pretende abundar sobre sus inclinaciones o preferencias dentro del arte, temas ampliamente tratados por sus colegas españoles, sino consagrarle los artículos y reseñas que integran este ejemplar, a sabiendas de que él apreciaría cabalmente la pluralidad de asuntos que aquí se reúnen y de que recibiría con beneplácito estos nuevos aportes para un mejor conocimiento y difusión de nuestra cultura.

No es ocioso añadir a este preámbulo una breve historia de cuál fue la participación de don Diego Angulo en la instauración del Laboratorio de Arte (1935), primer nombre del Instituto de Investigaciones Estéticas (1936): a fines de 1934 o principios de 1935 —las dos fechas se han barajado—, gracias a una beca de la Junta de Relaciones Culturales de España, don Diego Angulo se embarca rumbo a Nueva York en el lujoso trasatlántico “Saturnia”, y luego, en tren, arriba al territorio mexicano hasta la ciudad de México, principal meta de su recorrido.

En esta capital, en donde permanece durante tres meses, se relaciona de inmediato con autoridades de la Secretaría de Educación Pública y con los más conspicuos estudiosos del arte mexicano: Manuel Toussaint, Rafael García Granados, Jorge Enciso y Luis Mac Gregor, entre otros. Se antoja pensar que bien pudo haber conocido en España a Manuel Toussaint en alguno de aquellos “viajes alucinados” que hiciera por Europa el fundador de nuestro Instituto.

Lo cierto es que don Diego Angulo, según sus propias palabras, halló en México un llano y cordial espíritu de colaboración, y por lo que toca a los mexicanos, éstos encontraron en el erudito español preciosa información, no sólo en cuanto a indicaciones de repositorios documentales españoles y europeos —mina poco explorada, fuentes en las que podrían complementar sus investigaciones—, sino también les proporcionó noticias sobre los más recientes métodos para acercarse al análisis del acervo artístico mexicano o de cualquier obra plástica.

En este franco intercambio de pensamiento y acciones, Angulo los entusiasmó a reunirse en una institución dedicada a la búsqueda y divulgación del arte mexicano y además les narró los pasos que su maestro más entrañable, don Francisco Murillo, siguió para fundar el “Laboratorio” de Arte de la Universidad de Sevilla. Tan ameno e incitante relato sería definitivo para quienes veían ya como un hecho la posibilidad de integrarse de manera semejante.

Alfonso E. Pérez Sánchez, biógrafo de Angulo, relata —atendiendo a lo que don Diego le comunicara— el por qué del empleo del término “laboratorio”:

Murillo introdujo en sus clases algo tan revolucionario entonces como las diapositivas, que permitían ver aquello de lo que se hablaba y establecer de modo directo relaciones visuales, análisis formales . . . La introducción del proyector y de las pesadas diapositivas en cristal, fue seguramente considerado por sus colegas una frivolidad inútil, pero fue el comienzo de cuanto ahora puede parecernos común. El término “Laboratorio”, con que hizo designar lo que más lógicamente sería Cátedra o Departamento, respondía también a una cierta batería positivista, sólo los laboratorios podían percibir en la Universidad ayudas económicas especiales para material. Con ese casi ingenuo truco verbal, pudo conseguir ayudas para plantear la formación de un archivo fotográfico que se fue enriqueciendo con materiales de la ciudad de Sevilla y su contorno.

Don Manuel Toussaint decide emprender una tarea similar a la reseñada y esgrimiendo de igual manera el argumento científico de la necesidad de un “laboratorio” de arte en la Universidad —el subterfugio de la palabra laboratorio, también le pareció de peso a Toussaint— acude al entonces rector de la Máxima Casa de Estudios, doctor Fernando Ocaranza, haciéndole las siguientes consideraciones:

La historia de nuestras artes plásticas está por hacerse. Ha habido estimables esfuerzos aislados, pero falta un centro coordinador y autorizado. Este puede y debe ser nuestra Universidad, centro máximo de cultura en el país.



Diego Angulo Iñiguez.

El laboratorio de Arte será el Instituto de donde salgan los futuros historiadores de nuestro movimiento plástico. Allí tendrán no sólo los elementos para el trabajo, sino que adquirirán la disciplina y el método precisos para que sus obras alcancen los requisitos de seriedad y validez que se necesitan en esta clase de trabajos. En la actualidad no existe un establecimiento en que pueda impartirse esta enseñanza.

El rector Ocaranza, consciente de la urgencia planteada por Toussaint, aceptó que el Laboratorio de Arte fuera creado, y éste, como dependencia universitaria, empezó a funcionar el 1 de febrero de 1935.

Los primeros investigadores que junto con Toussaint emprendían la magna labor de indagar sobre nuestro arte eran Federico Gómez de Orozco, Rafael García Granados y el arquitecto Luis Mac Gregor.

Cabe aclarar que ninguno de ellos era novicio en las tareas por realizar y que todos tenían en su haber una importante bibliografía, ya que eran los pioneros en la entonces difícil labor de búsqueda y análisis de nuestro acervo cultural. No hay duda de que cardinal fue el empuje que don Diego Angulo representó para que se realizara una idea que ya estaba en el aire — el agruparse para que por medio del intercambio y el trabajo interdisciplinario se enriquecieran los estudios acerca del arte mexicano—, pero incluso fue más allá, pues concertó una serie de ediciones e intercambio de ideas con los colegas españoles; reciprocidad que debía iniciarse con artículos sobre arte mexicano, producción conjunta de estudiosos de ambos países.

Primicia de tal concierto lo fue la publicación de un número extraordinario de la revista *Archivo Español de Arte y Arqueología*. Este ejemplar se tituló “El arte en México (siglos XVI, XVII y XVIII)”. Así el órgano de información del Centro de Estudios Históricos de Madrid, bajo la dirección de F. J. Sánchez Cantón, hacía suya la promesa de don Diego Angulo. En la advertencia de ese número se lee:

Archivo Español de Arte y Arqueología: al comenzar la segunda [década de su publicación] como novedad en su programa, dedica este fascículo, íntegramente, a divulgar estudios sobre el arte en Méjico durante los siglos XVI, XVII y XVIII . . . En años sucesivos, cuadernos análogos, referentes a otras tierras de América, afianzarán la colaboración fraterna para conocer mejor el pasado artístico común.

Desde hace una centuria está interrumpida en España la investigación del arte en América: Llaguno y Céan Bermúdez no olvidaban a los artistas que allá, o para allá, trabajaron; pero casi todo el siglo XIX y el primer cuarto del actual transcurrieron sin abrir apenas surcos en este campo, cultivado sólo por investigadores de Ultramar.

ARCHIVO ha venido publicando algunos artículos y varias recensiones bibliográficas de tema americano; pero, hay que llegar a 1930 para que, con la creación en la Universidad de Sevilla de la cátedra permanente de Historia del arte hispanoamericano —de donde ya ha salido la importante obra *Planos de Monumentos arquitectónicos de América* (1933)— se inicie, a estas tareas.

Poco después, la estancia en Méjico del Profesor Angulo Iñiguez y del Arquitecto Gutiérrez Moreno, consolidaba, por el estudio y trato directos, el intercambio fecundo.

El fruto comienza a sazonar, y hoy honran las páginas de ARCHIVO las investigaciones de los mejicanos Alvarez Cortina, Enciso, Granados, Le Duc, Mac Gregor, Rosell y Toussaint, y de los españoles Angulo Iñiguez y Marco Dorta, animados por un mismo fervor.

ARCHIVO, al sacar a luz este número, entrega un sillar para el edificio que entre todos hemos de construir, cimentado en la mutua comprensión y que ha de labrarse con rigor científico, conocimiento y amor.

En efecto, el primer paso para restablecer la comunicación y el intercambio entre los especialistas de España y América estaba dado y la trascendencia del mismo claramente señalada: después de una centuria se reanudaban relaciones de gran beneficio para la revisión del arte mexicano. Don Diego Angulo aún haría más, en números posteriores de esa revista, reseñaría aquellos trabajos sobresalientes salidos de la pluma de los estudiosos mexicanos.

Los vínculos del historiador español con nuestro Instituto serían indisolubles, y es importante rememorar su última participación directa en las labores del mismo. En 1981, con motivo del segundo centenario de la fundación de la Real Academia de San Carlos de la Nueva España, hoy Escuela Nacional de Artes Plásticas, el Instituto de Investigaciones Estéticas realizó en la ciudad de Guanajuato su VII Coloquio Internacional titulado “Las Academias de Arte”. A él asistió don Diego Angulo y en él tomó parte con una ponencia medular —no podía ser de otro modo—: “Segundo Centenario de la Academia de San Carlos de México”. Constancia de esa intervención queda en las Memorias del Coloquio, que curiosamente vieron la luz en 1985, coincidiendo con el cincuenta aniversario de la fundación de aquel pretérito “Laboratorio de Arte”. Vayan pues de esta manera nuestro agradecido recuerdo para quien fuera pieza clave en la configuración del quehacer del Instituto de Investigaciones Estéticas.